

—¿Cuántas películas—le interrumpimos—llevas hechas?

Pitusín se echa a reír complacido:

—¡Hombre, gracias a Dios que me tutea usted! Estaba tan serio...

—Naturalmente. Ya eres un hombrecillo. Con tus trece años...

En la carita redonda del chiquillo se refleja un gran asombro. Atónito, mira a su madre y a nosotros, alternativamente, sin hablar. Al fin, dice:

—¡Yo que voy a tener trece años! ¡Si tengo ocho...!

—¡Adios, Madrid! —decimos, echándonos a reír—: ¿Pero también te quitas tú años como las muchachas?

—¿Yo...?—Queda pensativo, buscando la fórmula que nos demuestre la verdadera edad—. Usted sabe que yo rodé—nos dice luego—la primera película cuando tenía cuatro años...

Pero de pronto su rostro se ilumina: ha hallado la solución. Y se echa a reír poniendo ante nuestros ojos la mella que ocasionó la caída de un diente. Y, asomando la punta de la lengua por aquel hueco, nos guiña un ojo. Después radiante, nos reta:

—¡Dígame ahora que no tengo ocho años! Yo, aquí enseño las pruebas.

No hay más remedio que echarse a reír. Hay que soltar la carcajada ante la picardía, la vivacidad, la soltura del precioso muñeco que arma una revolución, un desbordamiento de entusiasmo cada vez que aparece en la pantalla.

Aplacados los ánimos, todo lo serios que podemos estar ante Alfredo, preguntamos:

—¿En qué película te gustas más?

—De las nueve que tengo hechas, en «El lazarillo del Tormes». Luego en «El pilluelo de Madrid» o en «Malvaloca», no sé.

—¿Y de los demás actores, cuál prefieres?

Responde sin vacilar:

—Carmen Viance. Es mi mejor amiga y la mejor artista de cine que hay en España. Carmen Viance es a la que yo más quiero, a la que...

—¡Oye, oye...! —le atajamos—. Que me parece que es mucha Carmen Viance... Yo creo que tú estás enamorado de ella.

Se echa a reír y contesta:

—No, señor. Es decir, no sé...

Y toda la gracia, toda la simpatía que puede tener un gesto pícaro, la atesora el que nos hace Pitusín, que luego, muy sonriente, agrega:

—Yo quiero y admiró a Carmen mucho porque...

Se interrumpe, sin saber cómo concluir. Y, tras mirarnos unos instantes, disimula bailando unos pasos de charleston, sin hacer caso de las protestas de su mamá.

—Bueno, mira, déjate de charlestones y dime por qué quieres tú tanto a Carmen Viance.

—¡Cá, no señor, que lo vá a contar usted! ¿Verdad mamá?